

Toda la vida es juego y los juegos, juegos son

Manuel Antonio Díaz Gito

Universidad de Cádiz

Alonso de Barros. *Filosofía cortesana*. Estudio y edición crítica de Ernesto Lucero. Ediciones Polifemo, 2019, 190 pp. ISBN 978-84-16335-63-3.

Hasta fines del pasado siglo, antes de que la cibernética se impusiese sobre gran parte de los tradicionales pasatiempos de mesa, no había familia en Europa que no hubiese entretenido numerosas e inocentes veladas caseras en torno a la tabla del popular Juego de la Oca. Pero en sus orígenes toscanos, el Gioco dell'Oca, considerado uno de los juegos de mesa impresos más antiguos, al combinar el azar de los dados, la reñida rivalidad de varios contrincantes y una laberíntica carrera de obstáculos orientada a un premio final se prestaba como pocos a su interpretación figurada como imagen de los diferentes pasajes de la vida humana. [Cf. Adrian Seville, *The Cultural Legacy of the Royal Game of the Goose: 400 Years of Printed Board Games*, Amsterdam, 2019, obra fundamental que por lo reciente de su edición no se incluye en la bibliografía]. Una de las primeras interpretaciones alegóricas del novedoso juego –introducido en la Corte de Felipe II en la década de los ochenta– es la *Filosofía Cortesana* (1587) de Alonso de Barros, opúsculo hasta ahora eclipsado por uno de sus sonetos preliminares firmado por Cervantes.

Alonso de Barros, servidor de Mateo Vázquez de Leca, el poderoso secretario personal de Felipe II, se marca como objetivo de su obra explicar el mejor modo de alcanzar la pretensión del individuo en su acceso a la Corte, enseñándole a sortear los riesgos de tan azaroso ‘mar de desgracias’, de modo que este no pueda achacar su fracaso a lo injusto de la Fortuna.

La obra es, pues, producto y espejo de su tiempo. El inicio de la Edad Moderna conoce el desarrollo de un nuevo sistema de corte en torno a las incipientes monarquías europeas, en el que la nobleza de servicio paga con la moneda de la lealtad las mercedes derramadas de la voluntad real. Desde la pirámide social redes clientelares canalizan vertical y capilarmente el flujo de la ‘gracia del rey’ en forma de reparto de oficios y beneficios multiplicados por la máquina burocrática de una creciente administración. Se desarrolla así una cultura cortesana basada tanto en el saber ser, estar y comportarse como en la subordinación y jerarquización del poder emanado de la figura del rey y distribuido a través de sus súbditos en orden de influencia.

Alonso de Barros (c. 1541-45/1604), segundón de la nobleza media, aunque ya de joven alcanzó el cargo de aposentador del rey, no cejó durante toda su carrera cortesana de aspirar a más altos menesteres, sin gran éxito. El autor de la *Filosofía cortesana*, ya maduro, habla con la voz de la experiencia y su obra, que no se debe a la pluma de un escritor de raza, surge quizás de un más íntimo impulso de desahogo y desencanto velados bajo la apariencia del juego. [Muy lejos se halla de la amarga confesión del *Speravi sive de falsa et vera spe* (1552) de Gracián de Alderete, que es la obra inédita de un pretensor que nunca llegó a meta, redactada como ajuste de cuentas y queja del eterno defraudado por el humo de las promesas. Se echa en falta una mención de esta obra].

El opúsculo de Barros es, pues, una pequeña rareza literaria de naturaleza lúdica y emblemática sobre el azaroso *curriculum vitae* del pretendiente en la Corte de una monarquía europea. Consta de dos componentes. Por un lado, el grabado impreso del juego de la *Filosofía Cortesana*, versión acondicionada del del juego de la oca, en el que entrarían en liza los jugadores, esto es, los cortesanos rivales solicitantes de la prebenda real. Por otro lado, el tablero se acompaña, disfrazado de subsidiaria ‘guía de instrucciones’, de un pequeño libro explicativo de moralidades a cuenta de cada una de las casas simbólicas del recorrido. El objetivo es llegar el primero a la última de ellas, la de la Palma de la Victoria.

A caballo entre “deleite y provecho” (*dixit* Cervantes) se trasluce un pensamiento que, a través de los aforismos que ilustran los emblemas de las casillas, hunde sus raíces en la Antigüedad clásica: la reflexión de carácter estoica y senequiana sobre el poder omnímodo de Fortuna, a la que a través de las lecciones de este humilde manual áulico se trata de domeñar; el pensamiento taciteo sobre el más saludable *modus vivendi* del cortesano en un régimen monárquico; la admonición socrática sobre el autoconocimiento como principio vital que sirva para acomodar las pretensiones a la naturaleza de cada cual, para que a la postre no haya que lamentar el éxito de la aspiración (lo que me recuerda la célebre cita teresiana de “Se derraman más lágrimas por las plegarias atendidas que por aquellas que permanecen desatendidas”). El principio rector que preside el impulso vital del pretensor de Barros esconde un resignado pragmatismo que, al renunciar a más nobles directrices como la de la honesta prudencia que había animado obras anteriores, lo sitúan en su exacto lugar en la tradición de la literatura de cortesanía.

En 1534 Boscán había traducido al castellano *Il Cortegiano* (1528) de Castiglione, paradigma de los nuevos valores y actitudes de la nobleza. El nuevo arquetipo de cortesano, que pujaba por desplazar al caballero como espejo de comportamiento social, era heredero de la tradición clásica y medieval. La ética y moral y hasta la estética de la nobleza se debían regir por los preceptos clásicos del perfecto príncipe y orador, pertrechado ahora con las mejores armas del saber humanístico y la virtud como guía. En el complejo baile de máscaras desarrollado en la Corte, teatro del mundo, son apreciadas las mejores interpretaciones medidas por el dominio de un arte aparentemente desprovisto de arte.

Pero frente a las altas aspiraciones morales auspiciadas por un maestro de virtud como Castiglione pronto se alza la realidad a ras de tierra, denunciada en obras satíricas de literatura anticortesana que en España llevarán la firma de autores como Antonio de Guevara (*Menosprecio de corte y alabanza de aldea*, 1539). La corte, más que teatro

de virtudes, se pinta como templo de Fortuna, pozo de vanidad, corrupción y vicio. Desengaño de pretensores.

Pues bien, la *Filosofía cortesana* se sitúa entre uno y otro tipo de literatura. De su lectura se desprende una visión pesimista de la vida del pretensor, al albur del capricho del apadrinamiento, obligado a humillantes condescendencias, dejándose la piel sin la certeza de una justa recompensa. Que por las connotaciones de adulación, disimulo y apariencia –no lejos de la falsedad e hipocresía– fuese el camaleón el animal simbólico del cortesano (casa 10: La Adulación) habla por sí solo.

Al hilo de la lectura se me ocurre que se podría trazar una relación de las figuras del pretensor y del pícaro. Ambos géneros de literatura surgen en la época como resultado de una sociedad estratificada e injusta. Ambos se ocupan del viaje iniciático de sus protagonistas impelidos por un ideal de vida pragmático, solo que la casilla de llegada del segundo es la casilla de partida del primero. El pretensor y el pícaro, encarnaciones de ideales de héroes venidos a menos, aspiran, cada uno con sus propios medios, a hacerse un lugar en el mundo a sabiendas de que su éxito, de alcanzarlo, siempre será relativo, considerado el precio a pagar. La amistad de Alonso de Barros y Mateo Alemán, el autor del *Guzmán de Alfarache*, quien se declaró públicamente “su otro yo”, abonaría esta tesis. El pícaro podría ser, así, el *alter ego* del pretensor.

En fin, con la edición exquisita de esta obra echa a andar con muy buen pie la Biblioteca Áulica de Ediciones Polifemo, que para este su primer número no ha podido elegir mejor presentación que la del gran especialista en estudios sobre la Corte José Martínez Millán. La enorme aportación del editor de la obra, Ernesto Lucero, no es solo rescatar del olvido esta ingeniosa obra, sino hacerlo a través de un estudio modélico y una edición crítica y anotada que ya apunta a definitiva con la incorporación por vez primera de la *editio princeps*. Es un trabajo maduro fruto de una larga e incisiva labor de investigación de fuentes en archivos que ha deparado valiosas aportaciones documentales en la reconstrucción del perfil biográfico del autor y en el establecimiento de la constelación de sus amistades. La solapa de la tapa trasera del libro guarda como agradable sorpresa la reproducción del bellissimo grabado de Mario Cartaro para la edición napolitana de la *Filosofía cortesana* (1588), que nos permite introducirnos en un juego o en un mundo que quizás ha cambiado menos de lo deseable.

Porque como Alonso de Barros dice: “... si yo no me engaño, todos jugamos un juego...”.